

burlonas de los mozos, se encuentra excesivamente molesto. Poco le importa al príncipe; manda traer Champagne, al cual no está acostumbrado el cantante y que le agrada tan poco, que llega á imaginarse que su noble anfitrión quiere hacerle una jugarreta—verle borracho. Nechljudow comienza á disputarse con los mozos, penetra en la sala más rica del hotel, hace huir á los demás huéspedes que no quieren cenar con el cantante callejero, y no se cuida, en todo este tiempo, de los sentimientos de su invitado, que está sobre ascuas, deseando que se lo trague la tierra, y que no recobra la respiración hasta que su terrible bienhechor le deja escaparse de sus garras.

¿Ha practicado Nechljudow el amor al prójimo? No; no ha hecho nada agradable para el cantante; lo ha atormentado, se ha dado satisfacción á sí mismo, y eso es todo. Ha querido vengarse de los ingleses de corazón duro, contra los cuales estaba furioso, y lo ha hecho á expensas del pobre diablo. Considera como un suceso inaudito que los ricos ingleses no hayan dado nada al cantante; pero su procedimiento con respecto á éste es peor todavía. La execrable tacañería de los ingleses quizás ha entristecido al cantor durante un cuarto de hora; la hospitalidad absurda de Nechljudow le ha torturado una hora entera. El príncipe no se ha tomado por un solo momento el trabajo de examinar lo que sería agradable y útil al pobre diablo; no ha pensado más que en sus propias emociones, en su cólera, en su descontento. Este filántropo de corazón tierno, es un peligroso y criminal egoísta.

El amor al prójimo, desprovisto de discernimiento, del místico emotivo falla necesariamente su objeto, porque no tiene por punto de partida el conocimiento de las verdaderas necesidades del semejante. El místico practica un antropomorfismo sentimental; traslada sin vacilar su propia manera de sentir á otros seres que sienten de un modo completamente distinto al suyo; es capaz de compadecer amargamente á los topes condenados á vivir en la

eterna obscuridad de los pasajes subterráneos, y sueña acaso, con lágrimas en los ojos, en introducir en ellos la luz eléctrica. Puesto que él, que ve, sufriría atrocemente en las condiciones de existencia de un topo, piensa que dicho animal merece naturalmente también una gran compasión, bien que sea ciego por naturaleza y no tenga por consiguiente por qué echar de menos la luz. Cuenta una anécdota que en un día de invierno, un niño vertió agua caliente en el aquarium de la sala de su casa, porque los pececillos dorados debían tener mucho frío, y se habla á menudo, en los periódicos festivos, de sociedades de beneficencia que envían trajes de abrigo de invierno á los negros del Ecuador. Este es el amor al prójimo de Tolstoi en acción.

Un punto especial de su doctrina moral es la mortificación de la carne; todo comercio con la mujer es á sus ojos una inmoralidad, el matrimonio es tan impuro como el amancebamiento más libre. La *Sonata de Kreutzer* es la afirmación más completa y al mismo tiempo la más célebre de estos principios. El matador por celos, Pozdnysheff, dice: «Nada hay de agradable en la luna de miel; al contrario, es una molestia continua, una vergüenza, un humor sombrío, y por encima de todo, un aburrimento, un aburrimento espantoso. No puedo comparar esta situación sino á la de un adolescente que quiere acostumbrarse á fumar: le dan ganas de vomitar, se traga la saliva y finge, á pesar de todo, experimentar un gran placer. Si el cigarro ha de procurarle goces, ha de ser más tarde, como en el matrimonio; antes de disfrutar de él, los esposos tienen primero que acostumbrarse al vicio.

— «¿Cómo al vicio? (le objeta su interlocutor). Pero está usted hablando de una cosa natural, de un instinto.»

— «¡Una cosa natural! ¡Un instinto! De ninguna manera. He llegado, permítame usted que se lo diga, á la convicción contraria, y estimo yo, hombre corrompido y licencioso, que es una cosa contra naturaleza... Es un acto absolutamente contra naturaleza, por lo que se refiere á

toda muchacha pura, lo mismo exactamente que si se tratara de un niño»¹.

Más adelante, Pozdnyscheff desarrolla la teoría delirante siguiente de la ley de la vida: «El objeto del hombre, como de la humanidad entera, es la felicidad, y para alcanzarla les ha sido dada una ley que deben seguir. Esta ley consiste en la unión de los seres que componen la humanidad. Las pasiones solas impiden esta unión, y por encima de todas, la más fuerte, la peor, el amor sensual, la voluptuosidad. Cuando se haya reprimido las pasiones, y á la vez que todas, el amor sensual, la unión existirá entonces, y la humanidad, cumplido ya su objeto, no tendrá ya más razón de existir.» Y sus últimas palabras son: «Es preciso penetrarse bien del sentido exacto del Evangelio, según San Mateo, v. 28; es preciso comprender bien que esta frase: «Quien quiera que mira á una mujer con » codicia ha cometido ya el adulterio», se refiere también á la hermana y no tan sólo á la mujer ajena, sino también y sobre todo á la mujer propia»².

Tolstoï, en quien como en todo degenerado superior viven dos hombres, de los cuales el uno nota y juzga los absurdos del otro, tiene aún en la *Sonata de Kreutzer* el sentimiento claro de la locura de su teoría y pone en labios del pregonero de ésta, Pozdnyscheff, que «él está considerado como loco»³. Pero en su *Breve Exposición del Evangelio*, en la cual Tolstoï habla en su propio nombre, desarrolla la misma doctrina, aunque con un poco más de reserva. «La tentación de pecar contra el segundo mandamiento proviene de que creemos que la mujer ha sido creada para el placer carnal, y que cuando se deja á una mujer y se toma á otra, se tiene más placer. Para no sucumbir á la tentación, es preciso recordar que no es la

¹ León Tolstoï, *Sonata de Kreutzer*. Traducida del ruso por E. Halperine-Kaminsky. Colección de autores célebres, pág. 72.

² *Sonata de Kreutzer*, págs. 248-249.

³ Idem, *ibidem*, pág. 119.

voluntad del Padre que el hombre encuentre placer por el goce de los encantos femeninos...» Y en la *Novela del Matrimonio* expone igualmente que el hombre y la mujer, aun si se casan por amor, tienen en el matrimonio que convertirse en enemigos y que es absolutamente inútil intentar una cultura duradera de los sentimientos primitivos¹.

Sería perder el tiempo refutar una teoría que insulta á todas las experiencias, á todas las observaciones de la naturaleza, á todas las instituciones, y á todas las leyes desarrolladas históricamente, y que tiene conscientemente por objeto aniquilar la humanidad. La idea de combatirla con celo no podría ocurrírsele sino á hombres que también tuvieran el espíritu más ó menos perturbado; para los cerebros sanos basta con resumirla claramente; se reconoce en seguida que dicha teoría no es otra cosa más que pura locura.

Para Tolstoï, el gran enemigo es la ciencia; no se cansa en *Mi Confesión* de acusarla y de burlarse de ella. Según Tolstoï, la ciencia no sirve al pueblo, sino á los gobiernos y á los capitalistas; se ocupa de cosas tan ociosas y vanas como el examen del protoplasma y el análisis espectral, pero no ha pensado nunca todavía en nada útil, por ejemplo, «en la mejor manera de fabricar un hacha con mango, en el medio de hacer una buena sierra, pan bueno; qué clase de harina conviene mejor para el pan, cómo hay que preparar la levadura, edificar el horno y calentarlo; cuáles bebidas y alimentos son los más sanos, cuáles son las setas comestibles, etc., etc.» Tiene desgracia en los ejemplos que pone, notémoslo de paso, puesto que de todos los asuntos que enumera se ocupan hasta los principiantes en estudios de higiene y de mecánica. De conformidad con su naturaleza de poeta, ha sentido la necesidad de encarnar también en una obra artística sus modos de ver acerca de la ciencia y así lo ha hecho en la

¹ Leon Tolstoï, *La Novela del Matrimonio*. Traducida del ruso por Miguel Delines. «Colección de autores célebres.»

comedia titulada *Los Frutos de la Educación*. ¿De quién se burla? De unos pobres imbéciles que creen en los aparecidos y van, llenos de angustia mortal, á la caza de microbios; el espiritismo y las opiniones de las gentes de buen tono ignorantes acerca de los microbios infecciosos, opiniones sacadas de las gacetillas mal comprendidas de los periódicos políticos, son para Tolstoï la ciencia, ¡y contra esto es contra lo que él lanza los dardos de su sátira!

La ciencia verdadera no tiene necesidad de que se la defienda contra ataques de este género. Ya he demostrado, al apreciar los cargos que los simbolistas neo-católicos y sus protectores críticos aducen contra la ciencia exacta, que todas esas frases son ó pueriles ó de mala fe. La imputación de mala fe no estaría en su lugar refiriéndose á Tolstoï; cree lo que dice, pero sus quejas y sus burlas son, en todo caso, niñerías. Habla de la ciencia como un ciego habla de los colores; no tiene visiblemente ninguna sospecha de la naturaleza de la ciencia, de su misión, de sus métodos ni de los objetos en que se ocupa. Se parece á Bouvard y Pécuchet, los dos idiotas de Flaubert, que, ignorantes por completo, desprovistos de maestros y de guías, hojean al azar una porción de libros, se imaginan haber adquirido, entreteniéndose de este modo, un saber positivo, tratan de emplearlo con la inocencia de un *crooboy* amaestrado, cometen, naturalmente, tremendas majaderías una después de otra, y acaban por creerse autorizados para insultar á la ciencia y declararla una estupidez y un engaño. Flaubert, al tratar de este modo á Bouvard y á Pécuchet, se vengaba de la tontería de sus propias tentativas para conquistar la ciencia, como un teniente conquista á una cantante de café concierto; Tolstoï ha descargado su cólera sobre la ciencia, esa belleza orgullosa y gazmoña que nadie puede hacer suya sino mediante serios y largos servicios desinteresados, dibujando sobre las paredes los imbéciles de sus *Frutos de la Educación*. El degenerado Flaubert y el degenerado

Tolstoï coinciden en este punto en el mismo delirio.

El camino de la felicidad es para Tolstoï el alejamiento de la ciencia, la abdicación de la razón y la vuelta á la vida natural, es decir á la agricultura. «Es preciso abandonar la ciudad, despedir al pueblo de las fábricas, establecerse en el campo, trabajar con las manos; el objeto de todo hombre debe ser satisfacer por sí solo todas sus necesidades». (*¿Qué se debe hacer?*)

¡De qué modo lo razonable y lo absurdo se mezclan extrañamente en este programa económico! Los males que llevan consigo el desarraigo del pueblo de la maternal tierra que nos alimenta, y la cultura artificial de un proletariado industrial de las grandes ciudades, los ha reconocido Tolstoï con exactitud; es verdad también que la agricultura podría ocupar sana y útilmente á muchos más hombres de los que ocupa actualmente si el suelo fuera la propiedad de la colectividad y si cada uno no dispusiera de otra porción, y tan sólo como parte mientras viviera, que la que pudiese cultivar con esmero. Pero ¿es preciso para esto destruir la industria? ¿No equivaldría á destruir la civilización misma? El amor racional al prójimo y la equidad, ¿no tienen más bien como misión mantener cuidadosamente la división del trabajo, este resultado necesario y ventajoso de una larga evolución; pero transformando por medio de un mejor orden económico al obrero industrial, de galeote de las fábricas condenado á la miseria y á la enfermedad, como lo es hoy, en un libre productor de bienes disfrutando por sí mismo de los frutos de su trabajo y no pasando fatigas sino en la medida compatible con su salud y sus derechos á la vida? Pero en vano buscaremos en Tolstoï la más ligera alusión á semejante solución; se contenta con el entusiasmo estéril por la vida del campo, que todavía bello en Horacio, es ya ridículo é impacientante en Rousseau, y repite como un papagayo en pos del gran declamador ginebrino, presa del delirio de las persecuciones, que no podía imponer sus gustos á su

antojo sino á un siglo sentimental como el suyo, las frases huera sobre la inutilidad de la civilización. ¡Volver á la naturaleza! No es posible condensar en menos palabras más tonterías: la naturaleza es en nuestro planeta el enemigo que tenemos que combatir, ante el cual no tenemos el derecho de dejar las armas. Para conservar nuestra vida tenemos que crear condiciones artificiales complicadas hasta lo infinito; cubrir nuestro cuerpo, construir un abrigo sobre nuestras cabezas, hacer acopio de provisiones para los meses numerosos durante los cuales la naturaleza nos niega todo alimento. No hay más que una extensión muy pequeña de nuestro planeta en la cual el hombre puede vivir sin esfuerzos, sin inventos y sin artes, como el animal en el bosque y el pez en el agua; son algunas islas del Océano Pacífico; allí, con efecto, en una primavera eterna, no tiene necesidad el hombre ni de vestidos ni de albergue, ó á lo sumo de algunas hojas de palmera para ponerse al abrigo de una lluvia momentánea; allí encuentra en toda estación su alimentación siempre dispuesta en el cocotero, el árbol del pan, el bananero, en algunos animales domésticos, algunos pescados y conchas marinas; ninguna fiera amenaza la seguridad del hombre ni le obliga á desplegar vigor y á desafiar á la muerte. ¿Pero cuántos hombres puede mantener este paraíso terrestre? Quizás la centésima parte de la humanidad actual; las otras noventa y nueve partes no tienen más que escoger entre sucumbir ó colonizar estas regiones de nuestro planeta en las cuales la mesa no está puesta ni la cama voluptuosa está hecha, sino en la cual hay que procurarse artificialmente y penosamente todo cuanto la vida exige para su conservación. El «regreso á la naturaleza» en los grados de latitud en que vivimos significa el regreso á la muerte por el hambre y el frío, el despedazamiento por los lobos y los osos; no es en el imposible «regreso á la naturaleza» donde hay que buscar el tratamiento curativo de la miseria humana, sino en la organización racional de nuestra

lucha contra la naturaleza, de buen grado diría en el servicio obligatorio universal contra ella, del cual sólo los inválidos podrían ser eximidos.

Hemos visto ahora, una por una, las ideas que reunidas constituyen el tolstoísmo. Como filosofía, explica el mundo y la vida valiéndose de unas cuantas paráfrasis absurdas ó contradictorias de versículos de la Biblia mal comprendidos con propósito deliberado. Como doctrina moral, prescribe la renunciación á la resistencia contra el vicio y el crimen, el reparto de los bienes y el aniquilamiento de la humanidad por una completa continencia. Como doctrina social y económica, predica la inutilidad de la ciencia, la salvación por el embrutecimiento, la renunciación á los productos de la industria, y la agricultura obligatoria sin indicar, no obstante, dónde el labrador tomaría el campo necesario. Lo que hay de curioso en este sistema es que no advierte su propia superfluidad; si se comprendiese á sí mismo, se limitaría á este solo punto: la continencia, puesto que es claro que es inútil devanarse los sesos acerca del objeto y del contenido de la vida humana, sobre el crimen y el amor al prójimo, y singularmente sobre la vida en el campo ó en la ciudad, si por consecuencia de continencia la humanidad debiera acabar con la generación actual.

M. Edouard Rod niega que Tolstoï sea un místico. «El misticismo, en efecto, como la palabra lo indica (?) ha sido siempre una doctrina trascendental. Los místicos, sobre todo los místicos cristianos, han sacrificado siempre la vida presente á la vida futura... Ahora bien, lo que resalta, por el contrario, para un espíritu no prevenido, en los libros de Tolstoï, es la ausencia casi completa de toda metafísica, es la indiferencia en que le dejan lo que se llama los problemas del más allá»¹.

¹ Edouard Rod, *Las Ideas morales del tiempo presente*. París, 1892, pág. 241.

Este crítico no sabe, evidentemente, lo que es el misticismo. Restringe de un modo inadmisibile el sentido de esta palabra, si la aplica únicamente al examen de los «problemas del más allá»; si fuera menos superficial reconocería que el fantasear religioso no es sino un caso particular de un estado de espíritu general y que el misticismo es toda obscuridad é incoherencia enfermizas de pensamiento acompañadas de emotividad, por consiguiente aquéllas también que tienen por fruto el sistema á la vez materialista, panteísta, cristiano, ascético, idólatra de Rousseau y comunista de Tolstoï.

Rafael Lœwenfeld, al cual debemos la primera traducción alemana completa de las obras de Tolstoï, ha compuesto también una biografía muy apreciable del escritor ruso, en la cual, no obstante, se cree obligado, no sólo á tomar apasionadamente la defensa de su héroe, sino también á asegurar por anticipado su desprecio profundo hacia los críticos posibles de éste. «La incomprensión, dice, los llama (á los «fenómenos originales» de la especie de Tolstoï) originales y raros; no puede soportar que haya un hombre más grande que todos los demás y cuya cabeza sobresalga sobre todas las demás. El hombre exento de prejuicios que ha recibido el don de la facultad de admirar las grandes cosas, ve en esta originalidad la manifestación de una fuerza extraordinaria que sobrepuja á la potencia de la época y muestra el camino á los que vienen después»¹. Es quizás atrevido acusar de este modo de «incomprensión» á todos aquellos que no participan de la opinión de uno; el que juzga tan soberanamente habrá de soportar que se le responda que se hace culpable de incomprensión quien aborda sin la preparación más elemental el juzgar un fenómeno que exige, para ser comprendido, mucho más que algún saber estético-literario y sensaciones personales. Lœwenfeld se alaba de su capa-

¹ Rafael Lœwenfeld, *Leon N. Tolstoï, su vida, sus obras, sus ideas*, primera parte, Berlín, 1892, prefacio, pág. 1.

cidad de admirar las grandes cosas; está quizás en un error al no suponer esta capacidad también en los demás; lo que precisamente habría que probar es que lo que él admira merece realmente la calificación de grandes cosas; pero su afirmación es la sola prueba que aduce en favor de este punto tan importante. Dice estar exento de prejuicios; puede concedérsele que esté exento de prejuicios, pero está, desgraciadamente, también exento de los conocimientos preliminares que únicamente autorizan para formarse y exponer con aplomo una opinión sobre fenómenos psicológicos que llaman la atención á título de excepcionales del mismo profano. Si poseyera estos conocimientos preliminares, sabría, por ejemplo, que Tolstoï, que ha de «mostrar el camino á los que vienen», no es sino un ejemplar—tipo de un género de hombres que ha tenido representantes en todas las épocas. Lombroso cita, entre otros á un tal Knudsen, un loco que vivía hacia 1680 en el Sleswig y «sostenía que no había Dios ni infierno; que los sacerdotes y los jueces eran inútiles y perjudiciales y que el matrimonio era una inmoralidad; que el hombre dejaba de ser por completo á su muerte; que cada cual debía dejarse guiar por sus luces interiores, etc.»¹. Ahí tenemos las partes esenciales de las ideas de Tolstoï sobre el mundo y de su doctrina moral; pero á Knudsen le ha faltado tanto para «mostrar el camino á los que vienen», que no se le cita más que en los libros consagrados á las enfermedades mentales, y como un caso instructivo de locura.

La verdad es que todas las singularidades intelectuales de Tolstoï pueden ser reducidas á los estigmas mejor conocidos y con mayor frecuencia observados de la degeneración superior. Refiere de sí mismo: «El escepticismo me arrojó por algún tiempo á un estado rayano en la locura. Tenía la idea de que fuera de mí nadie ni nada exis-

¹ Lombroso, *Genio y locura*, pág. 256, nota.

tía en el universo entero; que los objetos no son los objetos, sino representaciones que no aparecen más que si yo dirijo sobre ellas mi atención, y que estas representaciones desaparecen en cuanto dejo de pensar en ellas... Tuve horas en que bajo la influencia de esta idea fija, llegué á un grado tal de confusión intelectual, que me volvía á veces bruscamente del lado opuesto con la esperanza de ser sorprendido, allí donde yo no estaba, por la nada»¹. Y en *Mi Confesión*, dice expresamente: «sentía que no estaba completamente sano, desde el punto de vista intelectual»². Lo que sentía era exacto; padecía la manía escéptica ó de la duda que se observa en muchos degenerados superiores. Kowaleswki declara que la manía de la duda es exclusivamente una psicosis degenerativa³. Griesinger refiere el caso de un enfermo que no cesaba de devanarse los sesos pensando sobre las ideas de lo bello, del ser, etc., y se extendía en preguntas sin fin sobre estos temas; sólo que Griesinger estaba poco al corriente de los fenómenos de degeneración y consideraba, por consiguiente, el caso citado como «poco conocido»⁴. Lombroso menciona en la enumeración de los signos de sus locos de genio: «Casi todos se sienten dolorosamente perseguidos por dudas religiosas que excitan el espíritu y obsesionan como un crimen la conciencia temerosa y el corazón enfermo»⁵. No es, pues, la noble ansia del conocimiento lo que obliga á Tolstoï á ocuparse incesantemente de los problemas relativos al objeto y á la significación de la vida, sino la enfermedad degenerativa de la manía de la duda, que es estéril porque ninguna respuesta, ninguna aclaración, pueden satisfacerla. Cae de su peso, con efecto, que un «por

¹ R. Lœwenfeld, op. cit., pág. 39.

² R. Lœwenfeld, op. cit., pág. 276.

³ *The Journal of mental science*, Enero 1888.

⁴ Griesinger, *Sobre un estado psicopático poco conocido*. *Archivos de psiquiatría* (en alemán), primer tomo.

⁵ Lombroso, *Genio y locura*, pág. 324.

qué» por claro, por definitivo que sea, no puede nunca reducir al silencio á un «porqué» mecánico impulsivo que proviene de lo inconsciente.

Una forma especial de la manía de la duda es el prurito de contradecir y la tendencia á hacer afirmaciones estrambóticas que varios clínicos, Sollier entre otros, notan como uno de los estigmas de la degeneración¹. Dicha forma se encuentra fuertemente pronunciada en Tolstoï en ciertos momentos. «En su esfuerzo hacia la independencia, dice Lœwenfeld, Tolstoï rebasó á veces los límites del buen gusto, combatiendo la tradición, únicamente porque era la tradición. Así es como... llamó á Shakespeare un escritorzuelo como hay tantos, y sostuvo que la admiración... hacia el el gran Inglés no tenía, á decir verdad, otra causa que la costumbre de repetir maquinalmente las opiniones de los demás»².

Lo que encuentran las gentes más conmovedor y más digno de admiración en Tolstoï es su ilimitado amor al prójimo. Que en sus premisas y sus manifestaciones, dicho amor, tal como Tolstoï lo comprende sea absurdo, ya lo he demostrado más arriba; pero queda todavía que probar que es igualmente un estigma de degeneración. Tourgueneff, ese espíritu claro y sano, sin conocer las experiencias de los alienistas, siguiendo tan sólo su sentimiento natural, ha llamado «en son de burla», dice Lœwenfeld, «al amor ardiente de Tolstoï hacia el pueblo oprimido», un amor «histórico»³. Esto lo volveremos á encontrar en muchos degenerados; «en oposición al débil egoísta», nos enseña Legrain, «pongamos al débil bueno hasta la exageración, filántropo, que se desvela por erigir mil sistemas absurdos en vista de la felicidad de la humanidad». Y más adelante: «Impregnado en su amor hacia

¹ Sollier, *Psicología del Idiota y del Imbécil*.

² R. Lœwenfeld, op. cit., pág. 100.

³ *Id.*, *ibid.*, pág. 47.